

# JOSE MORENO VILLA

José Moreno Villa pertenece a la aristocracia cerrada de la literatura española. No lo digo como metáfora de elogio; hablo en términos de clasificación estricta, técnica. Quien observe el cuadro actual de la literatura española con sentido de la *estrategia literaria* (arte sobre el cual saben tantas cosas los franceses), se dará cuenta de que existen en Madrid cinco clases literarias. Una, los escritores que están fuera y por encima de todo grupo, ya por su mérito excepcional (tal fué el caso de Pérez Galdós), ya por una combinación de mérito y de fortuna (como en el caso de Blasco Ibáñez). Otra, «todo el mundo», la democracia literaria del periódico y del libro improvisado, —donde no faltan a veces grandes talentos, como el humorista Julio Camba. Otra, el círculo de las reputaciones oficiales, y a menudo artificiales o inexistentes, resto de la época de la Restauración: por ejemplo, muchos académicos. ¿Sabe nadie, entre el público de simples lectores, quién es el señor Sandoval, o qué ha escrito el señor Gutiérrez Gamero? Otra, muy interesante, los excéntricos: tales son, por ahora, los poetas *ultraístas*. Y otra, en fin, la aristocracia cerrada.

Es larga y compleja la formación de esta aristocracia que, bien se comprende, surge después de 1898. Para unos, existe como cosa de selección consciente y voluntaria; para otros, como ambiente natural, sin que parezcan pensar en ello. Sus miembros se distinguen por la depuración de los gustos, por el amor al *decorum*, que se extiende a las formas sociales. Se les conoce, en la conversación, por los adjetivos discretos: nada del «genial» y del «sublime» de que abusan los gacetilleros; comúnmente, les basta decir: «está bien», a la francesa, o «es interesante», a la inglesa. Juzgan rápidamente las cosas mediocres, y no vuelven a hablar de ellas. Pero sus exigencias reconocen límites prudentes: cuando el escritor representa valores nuevos, aunque tenga extravagancias personales, como Valle-Inclán, o Pío Baroja, se le incluye en el círculo selecto, sin esfuerzo, y aun sin que ellos lo sepan. Para dar idea de lo que es la clase, bastará mencionar unos cuantos de sus miembros mejor conocidos: Unamuno es su filósofo místico; José Ortega y Gasset es su filósofo intelectualista; Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado son sus principales poetas; Azorín es su crítico; Enrique Díez-Canedo es su humanista moderno... En la pedagogía social, la clase entronca con la Institución Libre de Enseñanza, con la clara y fecunda tra-

dicción de Giner. En el mundo de la erudición, es aliado del grupo que encabeza Menéndez Pidal, —hombres de disciplina perfecta y saber acrisolado. No tenía ramificaciones americanas; de

*Con este prólogo de Henríquez Ureña se engalana EL CONVIVIO que acaba de salir: FLORILEGIO, de Moreno Villa. 22 piezas, prosa y verso, componen la selección, hecha por el mismo Henríquez.*

*Se vende el tomito a 75 céntimos en la Librería de don Jaime Tormo.*

América había recibido poco: pero no hay que olvidar que reconoció siempre a Rubén Darío como aliado y maestro, y que escuchaba de lejos, la voz persuasiva de Rodó. Confesemos que a menudo el hispano-americano no sabe orientarse en la España intelectual, porque o la desdeña, o la admira sin discernimiento, y en cuanto llega a Madrid se echa en brazos de los fabricantes de sonetos fáciles, o de novelas eróticas. Ahora el grupo cuenta con miembros americanos como Alfonso Reyes, y aun entre hombres de generaciones anteriores tiene excelentes amistades, como la de don Francisco A. de Icaza.

Aunque llamo cerrada a esta aristocracia, no quiero decir que la falte deseo de abrir las puertas, por ejemplo, a los más jóvenes. Entre éstos, descubrió a José Moreno Villa, hacia 1912.

\*\*\*

MORENO VILLA tiene ahora cuatro libros: *Garba*, 1913; *El Pasajero*, pre-

## EL COSTURERO

ERA de mimbre, con forros de seda pajiza en el interior adornado con botoncitos de oro. Lo tomé de sus manos y lo contemplé largo rato como a objeto dilecto. Mientras lo examinaba, mis manos rozaron suavemente, dulcemente aquellas manos femeninas que también me parecieron de seda. Después no la ví más, y así pasaron muchos días.

Hoy nos hemos encontrado en un tranvía. Ella bajó los ojos y guardó silencio. Al cabo de un rato me miró con expresión de duda, miró de nuevo al suelo y con voz insegura me dijo entre medrosa y anhelante: «Estoy pensando en mi costurero de mimbre... Yo bordo por las tardes en mi ventana...»

RUBÉN COTO

cedido de un ensayo de Ortega que gana al ser leído de nuevo, 1914; *Luchas de «Penas» y «Alegrías» y su Transfiguración* (alegoría), 1915; *Evoluciones*, 1918. Todos contienen versos; el último, además, prosa.

El poeta es de Málaga, y reside en Madrid. Su primer libro tiene sabor andaluz; en el segundo, se advierte que está descubriendo a Castilla. Y Castilla domina en los dos libros posteriores. El tránsito de lo andaluz a lo castellano, —de la riqueza a la severidad, de la pintura a la reflexión, de la música al ritmo abstracto, —se observa en él aún más claramente que en otros contemporáneos suyos. La evolución de Jiménez tiene tanto de impulso espiritual puro, que no cabe atribuirle de modo principal al paisaje: ni tampoco ha muerto su Andalucía interior, —aun despojándose de galas, conserva sus tesoros de luz, sus diamantes puros y sus cristales diáfanos.

Antonio Machado, hijo de Sevilla, «se encontró a sí mismo» en los campos de Castilla la vieja. Pero su hermano Manuel, aunque sabe hallar notas de energía en la tierra castellana, como su célebre esbozo del destierro del Cid, alcanzó su plenitud en los poemas andaluces.

Y así creo que ocurre también con Moreno Villa. En su etapa castellana hay originalidad, vigor, sentido del «carácter» de las regiones centrales españolas, hasta en los pormenores grotescos; pero creo que, como simple poesía, vale más el conjunto de su etapa andaluza, o, si se quiere, de su fase andaluza, puesto que todavía vuelve, a ratos, al tono de las mejores composiciones de *Garba* y del poema *En la selva fervorosa*, del libro *El Pasajero*. En finas notas de color, en imágenes curiosas o delicadas, en ritmos musicales, en sugerencias a veces misteriosas, está evocado allí el Sur de España.

Galerías de plata por el río azul...

¿No veían ya los seguidilleros populares de Sevilla, en el siglo XVI, llegar «a la Torre del Oro barcos de plata»?

Véspero azul de la tarde violeta...

Colores nuevos; pero ya jugaba con los colores — con otros — Góngora.

Arpas y liras, violines, rabeles, ¡ah! y la guitarra de mi corazón...

Música meridional entre todas: la guitarra morisca que «sale gritando» en los versos del Arcipreste.

No me atrevo a asegurar que mis preferencias *meridionales* (mis preferencias van cada vez más y más hacia el Sur) habrán de ser compartidas por